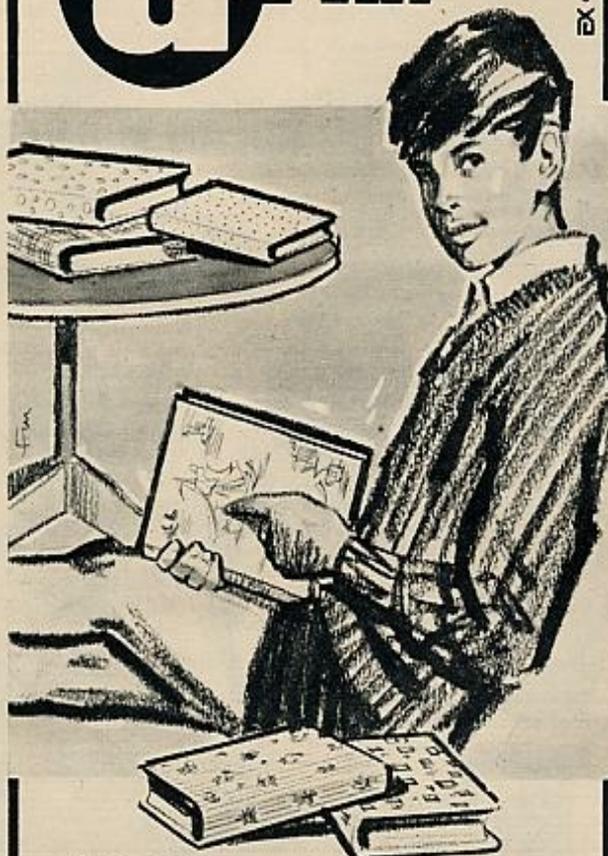


qué bien protegidos
quedan estos libros
forrados con

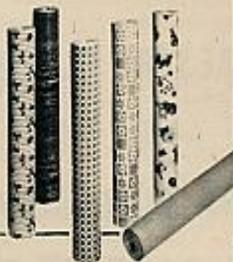
AIRON-fix

EX edimax - barcelona



AIRON-FIX forra, recubre, protege y decora. Se aplica sobre cualquier superficie lisa: madera, cristal, paredes barnizadas... Se limpia fácilmente con una esponja húmeda. Su gran variedad de diseños y colores, le ofrece 162 posibilidades de elegir. ¡Esto es lo maravilloso de AIRON-FIX!

En AIRON-FIX
siempre encontrará
el dibujo
que usted necesita



AIRON-fix LA LAMINA DE PLASTICO
QUE SE PEGA POR SI SOLA

Garantía de: AISCONDEL, S. A. - Barcelona

domingo de resurrección

EL aluvión de novedades del Domingo de Resurrección tiene la ventaja de darnos una visión global, una sintomatología contundente, de la marcha de nuestro teatro. La mediocridad que, filtrada título a título, se instala inadvertidamente, aparece de pronto —como dicen los retóricos reprimidos— «en toda su desnudez».

No es cosa de llenar la columna con la ficha completa de estrenos y reposiciones en los teatros privados madrileños. Probablemente, el lector la ha visto en los diarios y sabe ya a qué atenerse. Si el número de espectáculos es el testimonio, inequívoco, de una intensa actividad mercantil —puesta en pie de compañías, temporadas y esperanzas de negocio—, la calidad de los títulos constituye, en cambio, un vacío.

Y no porque, en tal escenario, se insista en el teatro de «boulevards», o en tal otro se haga un comedia fallida. Eso es absolutamente lógico. Lo que ya resulta terrible es que la lista no arroja un solo estreno, siquiera uno, verdaderamente importante.

En lo que se refiere al teatro español nuevo, el esquema no puede ser más doloroso. A «Juguetes para un matrimonio», de Alfonso Paso, y «Lola, su novia... y yo», de Emilio Romero, se ha añadido «Pecados conyugales», de Juan José Alonso Millán. Títulos que resultan, inconscientemente, autocríticas de un brevedad y una claridad casi geniales. ¿Dónde está el teatro que corresponde a la problemática de quienes andan entre los veinte y los treinta años? ¿Dónde la dramaturgia de la vida española, más allá de las diversiones y minucias sentimentales de un sector de clase? ¿Dónde un teatro español que gauda una mínima coherencia con el contexto general de los hechos que registran los periódicos?

Valle Inclán podía, en gran medida, haber contestado satisfactoriamente desde el María Guerrero. Pero también aquí sobra medrosidad. Y se ha elegido, con ocasión del centenario, un título como «Agulla de blasón», que aún no es —dentro de su interés indudable— del Valle roto, genial y esperpéntico, que contará, por mucho tiempo, en el futuro de la escena española.

Por desgracia, esta cartelera teatral surge al amparo de un sistema de ideas instalado en la mayor parte de los mecanismos críticos. Con lo que la falta de un auténtico teatro español de este tiempo, surgido de la realidad plural y auténtica, no es convenientemente advertida y analizada. Viejas frases hechas, saludan eufóricamente la agitación teatral del Domingo de Resurrección; con una euforia patética, porque nace de la tragicomedia de sentirse fuertes, tan jóvenes y vivos, como veinte años atrás, simplemente porque la tónica teatral de la fecha, contra viento y marea, sigue siendo la misma; porque, por más guerra del Vietnam, por más incremento de los arsenales atómicos, por más injusticias, por más actos de fuerza, por más Concilios y por más Congresos, ahí están los escenarios repitiendo que lo único que importa es que el matrimonio sea feliz en el tercer acto...

Y, mientras, en el Ateneo, los Golliardos, procurando distender, estimular e irritar al público con la «Ceremonia para un negro asesinado», de Arrabal. Y en el Teatro Nacional de Cámara, el T.E.M., poniendo en evidencia —bajo tormentosas amenazas de actores parados y con carnet— los resultados de una preparación sistemática del intérprete. Y, en los concursos, docenas de obras sin tránsito posible —no ya las malas, sino aquellas que entrañan una «posibilidad» de autor— a este costoso escenario comercial. Y, en Palomares, Carlos Muñoz, aprovechando sus vacaciones para preparar un buen esperpento sobre la vida de aquellos lugares... Y, en las capitales de provincia, nada. O muy poco.

¿Qué hacer con las preguntas de todo el público joven que llenaba el Español el Día Mundial del Teatro? ¿Cuándo empezamos a poner en marcha, sobre los escenarios, un serio y riguroso teatro de discrepancias? ¿Podrá ser el teatro un positivo elemento de diálogo real o habrá de quedar fatigosamente escindido entre paraísos y semilandestinas desesperaciones? ¿Cuándo entrará en juego una visión plural de nuestra realidad? ¿Cuándo será el teatro español como los españoles?

Todo esto uno lo ha leído y escrito infinidad de veces. Pero es el momento de señalar que los autores surgidos de los imperativos realistas, han sido prácticamente aniquilados por la vieja corriente. Su cansancio —que no su inactividad, pues siguen escribiendo— coincide con una etapa española que pugna, entre una diversidad de fuerzas, por renovar sus supuestos.

¿Cuál ha de ser el papel del teatro?

Yo pienso que podría ser muy importante. Que podría canalizar, en parte, los debates sobre nuestra evolución y nuestras contradicciones. Que podría ayudarnos a convivir...

¿De verdad es tan miserable la condición actual del teatro español representable, que no puede decir nada sobre todo esto?

El Domingo de Resurrección ha sido, para el teatro español, una fecha inquietante. Hemos tenido —y es un dato positivo— a Rojas, a García Lorca y a Valle, en los escenarios. A Calderón y a Arniches. Pero, en cambio, nos ha faltado una voz seria y contemporánea. Alguien que abordase, dramáticamente, el «aquí y ahora»; un verdadero teatro salido de nuestro tiempo...

Hay que potenciarlo. Hemos de tenerlo.

JOSE MONLEON